

Déjame contarte

Testimonios de mujeres que han sufrido violencias
en el ejercicio de la prostitución

Déjame contarte

Testimonios de mujeres que han sufrido violencias
en el ejercicio de la prostitución



Askabide es una asociación sin ánimo de lucro e independiente, fundada en 1985 en el barrio bilbaíno de las Cortes, que trabaja por la inclusión del colectivo de personas que ejercen la prostitución en Euskadi, así como de mujeres que se encuentran en situación de exclusión.

Para alcanzar este objetivo, nuestro trabajo por un lado, está orientado a desarrollar proyectos que atienden a este colectivo, siempre partiendo de la experiencia concreta del trato directo con las personas, pretendiendo dar una respuesta integral a todas las necesidades que presentan. Y por otro, desarrollando proyectos de información, sensibilización y denuncia social de la situación en la que se encuentra este colectivo.

Su sede está ubicada en la C/ Amparo nº 1, lonja, de Bilbao. 94 416 48 28.
asociacionaskabide@gmail.com

Déjame contarte.

Asociación Askabide.

2020 Imprenta Cianoplan, Bilbao, www.cianoplan.es

Depósito Legal: LG B100680-2020

Coordinación: *Laura Elezkano Atienza.*

Desarrollo conceptual y editorial: *Marta Elezkano Atienza.*

Imágenes: *Marta Elezkano Atienza (págs.28-29, 48-49, 83, 114-115) y Rubén Frejo (págs.39, 64, 92-93, 103).*

Maquetación: *Rubén Frejo.*

Este libro no habría sido posible sin las narrativas de algunas de las mujeres que actualmente ejercen la prostitución en Bizkaia. Ellas han compartido sus experiencias, dificultades y sentimientos acerca de las violencias que sufren. Y, a su vez, han señalado las capacidades de decisión y supervivencia que poseen. Gracias a vosotras, que lo estáis contando. Gracias a todas.

Aproximándonos al fenómeno de la prostitución
y a las mujeres que lo habitan ₁₃

PRÓLOGO de Carmen Meneses Falcón ₂₁

Estrategias de autodefensa feminista de las
mujeres en el ejercicio de la prostitución
(Apéndice) ₁₂₁

El nombre prostitución encierra muchas cosas y este nombre no sé quién se lo inventó ²⁵

¿A quién iba a creer la gente: a una prostituta o a un hombre? ³¹

Hasta hoy tengo una marca que me quedó ³⁶

Yo me negué y por eso dijo que yo le estaba robando ⁴³

A partir de esto siempre tengo temor al entrar con un cliente ⁵¹

No he vuelto a hacer traslados desde entonces ⁶¹

** Las mujeres participantes han preferido mantener su anonimato por razones de seguridad.*

** Este índice se compone de frases extraídas tal cual de los testimonios escritos por las mujeres participantes.*

Las frases han sido escogidas por su función contenedora de aspectos y cuestiones importantes.

La persona lectora puede observar que cada frase abre un capítulo del libro, agrupándose en cada capítulo un conjunto de historias e imágenes. La frase que da título al capítulo aparece al principio de éste y vuelve a aparecer con el texto al que pertenece en la página siguiente.

El domina. Y pasó. Chupé para que me dejara marchar 65

Hasta la fecha el caso no se ha resuelto 73

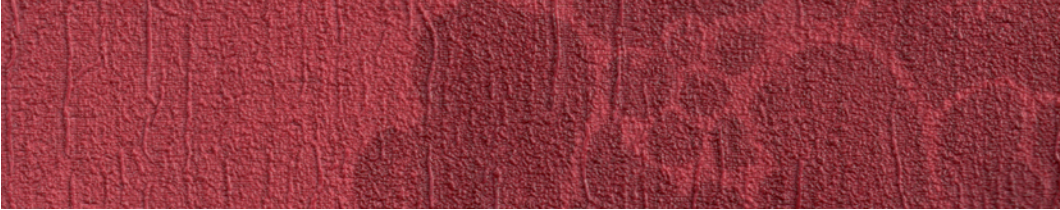
Las palabras de amenaza no se pueden contar 89

(...) por el hecho de ser trabajadora sexual 94

Y me sentí fea, vieja, humillada e insultada y peor que una mierda 99

“Putra negra vete a tu país” 107

Fácil entrar, difícil salir. ¿Por qué? 117



Aproximándonos al fenómeno de la prostitución y a las mujeres que lo habitan

La prostitución es un fenómeno poliédrico que presenta múltiples caras y ángulos desde donde aproximarse, con muchas implicaciones en el ámbito social, psicológico, jurídico, laboral, sanitario, de políticas migratorias y políticas locales de diferentes administraciones.

Se trata de una realidad compleja, en la que intervienen múltiples agentes y dinámicas en continua transformación.

De entre las características que definen la prostitución en Euskadi, hablamos de un colectivo diverso y heterogéneo en cuanto a género, diversidad sexual, procedencia, cultura, necesidades y vivencia del hecho de ejercer la prostitución.

Un colectivo invisible cuyo actual escenario en el que se desarrolla la prostitución se caracteriza, en primer lugar, por una tendencia a que se realice esta actividad en pisos dentro de cualquier comunidad, bajo un sistema de alquiler de habitaciones individuales. En segundo lugar, el contacto con el cliente se realiza cada vez en mayor medida a través de páginas webs y apps y, en tercer lugar, en nuestras ciudades se han promovido políticas legislativas como las ordenanzas municipales que suponen que la prostitución no sea visible, penalizando la prostitución de calle. Estos factores dificultan la localización de los lugares donde se ejerce la prostitución y la identificación de las personas que se encuentran en este contexto.

Un colectivo con movilidad ya que habitualmente cambian de unos lugares de ejercicio a otros, incluso de una ciudad a otra. Este sistema de rotación es conocido como “sistema plaza”.

Un colectivo que forma parte de un fenómeno dinámico, en constante cambio, tanto en cuanto al perfil de las personas que se dedican a la prostitución, sus necesidades y la forma de ejercerla. Y en condiciones de vulnerabilidad, al estar estigmatizadas por realizar una actividad reprobada

socialmente que se sitúa en numerosas ocasiones dentro de la exclusión social.

El contexto de prostitución con el que trabaja Askabide se sitúa dentro de la exclusión social.

De entre las dificultades y problemáticas que se recogen de los testimonios de las mujeres en prostitución, nos encontramos con condicionantes y factores como la precariedad económica, la falta de alternativas laborales reales, la falta de información y recursos básicos, la ausencia de red familiar y social, la soledad, el sentimiento de culpa en sus maternidades, estados de salud física, mental y emocional deteriorados y cronificados, experiencias de violencias machistas tanto en su vida personal como en el ejercicio de la actividad.

Además, en el caso de mujeres migradas, con o sin permiso de residencia, podemos hablar de presión y culpa por las cargas familiares en sus países de origen, el miedo a las expulsiones administrativas, la indefensión y desconocimiento de sus derechos a nivel jurídico, las barreras idiomáticas y usos culturales.

La diversidad del colectivo, sus identidades, necesidades y experiencias dentro y fuera de la actividad nos describen un colectivo complejo, con dualidades, ambivalencias y vulnerabilidades pero, a su vez, con fortalezas y capacidad de decisión y agencia.

Si algo caracteriza el ejercicio de la prostitución es el estigma que soportan las personas que la ejercen, lo que hace que socialmente se las culpabilice y responsabilice de todos los problemas que padecen, inclusive de las situaciones de violencia que pueden llegar a sufrir.

El estigma tiene un efecto desvalorizador, pues juzga a las mujeres por ser prostitutas sin considerar ni conocer el resto de facetas de su vida; y las silencia, restándoles legitimidad e invisibilizándolas como interlocutoras activas en la sociedad.

Este estigma, el rechazo social, la victimización, la exclusión así como la ausencia de reconocimiento social, dificultan la conciencia de grupo como elemento de reconocimiento y autodefensa entre las mujeres que ejercen la prostitución.

El eterno debate sobre la abolición o la legalización de la prostitución, en el que no participan la inmensa mayoría de ellas, y en el que no se sienten parte, es otro ejemplo de su invisibilidad. Los discursos enfrentados y la

agresividad que se desarrollan en ellos, no ayudan a encontrar soluciones viables y efectivas para ellas.

Ajeno a este mundo de debates y propuestas, se encuentra el día a día de las personas que ejercen la prostitución, quienes viven situaciones de lo más diversas, difíciles de abordar con una sola propuesta de actuación, desde nuestro punto de vista.

Seguimos hablando de ellas, pero sin ellas.

El principio básico que ha dirigido nuestra intervención ha sido el reconocimiento de la realidad de cada mujer y las diversas intersecciones que las atraviesan, abordando la prostitución desde una dimensión individual y de respeto.

Con esta forma de hacer, hemos conseguido que Askabide sea para ellas un lugar de encuentro, libre de prejuicios, donde compartir de forma igualitaria, con otras compañeras, profesionales, y personas voluntarias sus preocupaciones, necesidades, sueños, en definitiva, su cotidianidad.

Askabide cree firmemente que son ellas, las personas que viven la realidad de la prostitución día a día, las que deben ser protagonistas de su crecimiento y destino, reflexionando sobre temas que las afectan, proponiendo soluciones y tomando decisiones que puedan transformar el escenario en el que se desarrolla la prostitución.

En esta línea, desde Askabide se trabaja para apoyar procesos de empoderamiento individuales y colectivos, que permitan la autonomía de las mujeres en el acceso a los distintos recursos, en la reivindicación y desarrollo de sus derechos, y en la búsqueda y creación de herramientas propias y útiles de cara a salir de las situaciones de exclusión social.

Uno de los temas que más nos preocupa y que de hecho conforma una de las líneas estratégicas de la entidad es la necesidad de intervenir frente a las múltiples violencias que sufren las personas que ejercen la prostitución, que además proceden de múltiples agentes (violencia social o estigma, violencia ejercida por medios de comunicación a través de estereotipos, violencia en el ejercicio de esta actividad y por las condiciones de ejercicio, violencia ejercida por los clientes, violencia ejercida por sus parejas).

La conjunción de características personales (migrada, en situación de irregularidad administrativa, etc.), los hábitos (horario nocturno, ocupación en lugares desconocidos o con ausencia de medidas de seguridad, clientes anónimos) y su estilo de vida (no disponer de red social de apoyo,

estigma social, llevar cantidades de dinero en metálico, etc.), convierten a las mujeres que ejercen la prostitución en personas extremadamente vulnerables a sufrir múltiples y repetidas situaciones de violencia y peligro en el ejercicio de la prostitución.

En cuanto a las experiencias de violencias y discriminaciones que sufren en contextos de prostitución por parte del cliente, por un lado, se observa que las mujeres no siempre describen situaciones de violencia en el ejercicio, y por otro, que cuando se dan situaciones de agresiones determinadas, se observa que están normalizadas y aceptadas como parte del hecho de dedicarse a la prostitución. Y además, estas agresiones no son denunciadas por la situación de desprotección que las atraviesa y la falta de eficacia en las respuestas públicas y sociales.

Para poder acercarnos a las dificultades del acceso a la denuncia de las mujeres y la situación de impunidad en la que se encuentran, es fundamental conocer los riesgos y la tipología de violencias que experimentan en este contexto, las directas y las estructurales:

Violencias directas físicas como golpes, agarres, asfixias; agresión sexual o abuso sexual; retención contra su voluntad.

Violencias directas verbales y/o psicológicas como insultos, amenazas, humillaciones machistas y racistas; coacciones a través de consumos de drogas y alcohol; acoso de parejas o clientes; acusaciones de robo; engaños o estafas sobre tipo y precio del servicio.

Violencias estructurales como la falta de credibilidad, la revictimización, la invalidación social de sus testimonios y voces, la falta de derechos laborales e inseguridad laboral, la impunidad penal ante agresiones, los estereotipos sexistas y racistas vigentes, la persecución por la ley de extranjería, etc.

Existe una identificación general de las violencias por parte de la mayoría de la mujeres pero también un grado de normalización de algunos riesgos y una falta de límites en el ejercicio. En este sentido, ellas mismas plantean cuestiones clave: *“¿cómo voy a denunciar que un cliente me ha robado mi dinero o que no ha pagado lo convenido?, ¿para qué denunciar insultos y unas amenazas?, ¿a quién van a creer y cómo sé que no volverá a ocurrir?”*

La insistencia y empeño hacia las mujeres por parte de los cuerpos de seguridad, administraciones y entidades, de tener que denunciar estas conductas, supone una incomprensión de sus realidades y necesidades que las condicionan.

Solo un abordaje desde el apoyo, la información, la comprensión y respeto de cada proceso, puede contribuir a un paulatino cambio en su percepción de la denuncia, de sus derechos tras una agresión y de una confianza en el sistema.

Además, no podemos dejar de considerar el riesgo al que se exponen con la denuncia, la falta de medidas de seguridad eficaces en estos entornos (clubs, pisos, calle) y la sensación de indefensión y no reparación del daño en el caso de activar la denuncia.

Nos parece, a pesar de este panorama, importante mencionar el supuesto avance a partir de septiembre de 2018, con la incorporación de las disposiciones del Convenio de Estambul a la legislación española acerca del concepto y dimensiones de la violencia machista, donde se abre un nuevo escenario que incluye todas las manifestaciones de violencias ejercidas por hombres hacia las mujeres en cualquier contexto de la vida social.

Sin embargo, aun valorando esta inclusión y abordaje de las violencias machistas más allá del ámbito privado de la pareja, y significando la opción de acceso a una estatuto de especial protección de derechos como víctima, se observa que las mujeres continúan sin optar por este recurso, y en muchas ocasiones, ni siquiera llegan a compartir la experiencia de la agresión con ninguna persona.

Se plantea entonces, ¿qué sucede tras la agresión?
¿Qué respuestas se ofrecen y qué mecanismos se activan?
¿Por qué la denuncia no es uno de los caminos ante una agresión?

Los relatos y experiencias de las mujeres del colectivo recogidos en diagnósticos, atenciones sociales y espacios de encuentro, apuntan a diversos motivos entrelazados. El sentimiento de no reparación del daño, sobre todo psicológico, la desprotección y riesgo ante agresiones futuras, la desconfianza en el sistema jurídico, judicial y policial, las experiencias de revictimización y la desinformación, incompreensión e indefensión en los procedimientos judiciales. Junto con el miedo a las redadas y a los expedientes de expulsión por irregularidad administrativa y la percepción de las mujeres de no tener credibilidad por ejercer la prostitución.

Si repasamos la historia de Askabide, han sido numerosos los programas que han intentado crear un grupo de mujeres del entorno de la prostitución para que se “autoorganicen” como herramienta clave que les permita reivindicar sus derechos ante el resto de la sociedad, fomentando su participación activa en las políticas sociales que las afectan.

De esta inquietud y necesidad se pone en marcha el programa Indartuz, subvencionado por la Diputación Foral de Bizkaia, de prevención y actuación ante agresiones en el contexto de la prostitución, a través del cual se promueve un espacio de encuentro y reflexión a mujeres que están ejerciendo la prostitución. Este programa persigue, a su vez, esta serie de objetivos concretos: fomentar el empoderamiento de mujeres, trabajando con ellas además un cambio de roles y estereotipos de género, entre otros; analizar y concienciar al colectivo sobre el origen y las causas de las violencias que sufren y la necesidad de visibilizarlas para poder actuar; estimular el fortalecimiento entre iguales acompañándoles en el reconocimiento tanto de sus capacidades como de sus fortalezas individuales y colectivas; motivar el sentido de pertenencia a una comunidad y su responsabilidad individual como miembro de esta colectividad y facilitar espacios de creación y formación en herramientas de detección, prevención y autodefensa feminista contra diferentes agresiones en el ejercicio de esta actividad.

Como resultado de estos espacios de contraste, aprendizajes y confianza donde han participado alrededor de cincuenta mujeres entre 2018 y 2019, se han recogido treinta y nueve narrativas y notas de vida donde veinticuatro mujeres relatan experiencias personales de violencias y discriminaciones que, desde lo particular de su visión, reflejan y describen muchos de los agentes y dinámicas que intervienen en el complejo e invisible fenómeno de la prostitución.

Este ejercicio de reflexión y expresión personal de las mujeres, nos ha permitido llevar a cabo esta publicación con el objetivo de visibilizar y reconocer sus aportaciones sobre las experiencias de violencias en el ejercicio de la prostitución.

Las mujeres que han participado han ido ellas mismas colocando cuáles son los factores y ejes que atraviesan el fenómeno de la prostitución, cuáles son sus vivencias, dificultades y experiencias vitales, no sólo en cuanto a las agresiones por distintas violencias sino en cuanto a su salud física y emocional, y también en cuanto a sus fortalezas y potencialidades.

En Askabide creemos firmemente que son ellas, las mujeres que viven la realidad de la prostitución día a día, las que deben ser protagonistas de su crecimiento y destino, reflexionando sobre temas que las afectan, proponiendo soluciones y tomando decisiones que puedan transformar el escenario en el que se desarrolla la prostitución.

ASOCIACIÓN ASKABIDE

Siempre me llamó la atención aquel pasaje de evangelio en que Jesús ponía a las prostitutas por encima de otros grupos sociales. Con el paso del tiempo en el encuentro e interacción con las mujeres que se ocupan en la prostitución lo he entendido mejor, especialmente cuando me han confundido con ellas, recibiendo el mismo trato. El estigma, la humillación y la exclusión por parte de la sociedad, la política, el sistema legal o económico son sufridos por estas mujeres, pues no es solo el hombre que paga por sus servicios el que la degrada por prostituirse.

No considero que la prostitución sea un trabajo como cualquier otro, y lo asevero desde el privilegio¹ que he tenido de convivir con las mujeres que ejercen la prostitución en cinco locales de alterne para fundamentar mis investigaciones. No lo es. No cumple los requisitos que cualquier trabajo debe poseer. Es una actividad en la que te pueden humillar con gran facilidad y degradarte como persona y mujer, especialmente a aquellas mujeres más sencillas y que ocupan los puestos más bajos en la estructura social de la prostitución, pues no sucede de la misma manera con aquellas que se ocupan en los puestos más altos. También existe una jerarquía en el mercado del sexo. Sin embargo, es una actividad que genera importantes ingresos económicos para todas las mujeres que el mercado laboral no las integra, especialmente a aquellas con trayectorias precarias y vulnerables. O aquellas que son extranjeras con carta de ciudadanía o sin ella. Muchas mujeres optan por esta ocupación como modo de vida y necesitan el respeto del resto de mujeres y de la sociedad, y éste parece que en los últimos años no se está produciendo, pues en los debates existentes no se las tiene en cuenta. Ellas no son menores de edad ni tontas ni desconocen sus intereses, sino que toman las decisiones que consideran más oportunas en cada momento de sus vidas, aunque no le guste a la sociedad. El resto de mujeres y de la sociedad como no puede entender sus opciones las victimiza, porque solo viéndolas como una víctima es posible comprender que se ocupen en la prostitución. En otras ocasiones, las calificamos como viciosas o desviadas porque trasgreden los mandatos de género que la sociedad patriarcal proyecta para las mujeres, pues utilizan su sexualidad para sacar beneficios económicos.

En los últimos años se oye en los medios de comunicación social un debate

¹ Aprendí mucho de ellas, y fue una experiencia que ha marcado muchos aspectos de mi vida. Véase *Living in the brothel: Participant Observation in hidden Contexts*, en *Journal Social Science*, 2019.

importante sobre la prostitución. Dejarla como está es una situación ilegal de indeterminación; si se regula o reglamenta puede pensarse que se considera como un empleo más; y prohibirla o sancionarla se plantea cuando se califica como una forma de violencia contra las mujeres. Este debate lo sostienen personas del mundo académico, intelectual y político entre las principales, que inundan los más media.

Sin embargo, no están representadas las voces de las mujeres que día a día se ganan la vida con esta actividad, ellas son las verdaderas protagonistas y las que primero sufrirán las consecuencias de las medidas que cualquier gobierno implante sobre la prostitución.

Sus opciones están generando una división entre las feministas, que no es nueva y que ha sucedido en el feminismo en distintos momentos. Pero en todos los debates nos falta captar el punto de vista de estas mujeres, escucharlas y dejar de decidir por ellas en nombre del feminismo y de la lucha contra el patriarcado. Necesitamos situarnos desde la interseccionalidad. Debatis y adquirimos posiciones abolicionistas sancionadoras desde un feminismo del privilegio. No somos inmigrantes, ni hemos emprendido un proyecto migratorio recorriendo miles de kilómetros dejando a nuestras familias atrás. Vivimos en un área de bienestar en la que poseemos seguridad, acceso al empleo, prestaciones sociales y sanitarias, aunque la vida no sea fácil para muchas mujeres dentro de las fronteras europeas. Nos atrevemos a juzgar y a plantear que realmente las prostitutas no saben lo que hacen y que su vulnerabilidad las condiciona en sus elecciones y por tanto debemos rescatarlas y proponer lo que a ellas les conviene.

Desde algunas posiciones abolicionistas, que podríamos calificar de fundamentalistas, se pretende prohibir la prostitución, con la ingenuidad de que la erradicará a largo plazo, sin advertir que solo conseguirán a corto plazo un ejercicio de la prostitución oculto, más vulnerable del actual y con mayor dosis de violencia. Una sociedad que no respeta a las mujeres que ejercen la prostitución, que no las escucha, que no las tiene en cuenta, como ha hecho el Gobierno Neozelandés antes de legislar, está legitimando la violencia contra las prostitutas. Estas voces críticas no se implican en otros sistemas de explotación de las mujeres como el servicio doméstico o las kellys, por mencionar solo un ejemplo, que viven situaciones de esclavitud y explotación de forma consentida y legal. No veo que las voces se alcen en todos los casos. El abolicionismo fundamentalista no aboga en el debate público por una reivindicación que consiga mejores condiciones para las prostitutas, un aumento de los programas sociales para estas mujeres que pueda ser una alternativa real para abandonar la prostitución de aquellas que lo deseen. No oigo que se luche contra la Ley de Extranjería que tenemos en nuestra área de

bienestar, que hace que muchas mujeres de África subsahariana, y otras partes del mundo, no les quede más remedio que utilizar las redes de trata para entrar en España y Europa, porque nunca cumplirán los requisitos que desde el privilegio que disponemos les exigimos para venir. No podemos luchar contra la prostitución como idea o ideología patriarcal sin tener en cuenta a las mujeres que están en la prostitución, hayan llegado desde la trayectoria que sea. Decidir, valorar o proponer desde la situación de privilegio es repetir los mismos errores que el feminismo blanco y de clase media cometió en el pasado.

He tenido la oportunidad y el privilegio de realizar un estudio en el País Vasco asomándome al quehacer de todas las entidades que trabajan con mujeres que se ocupan en la prostitución y mujeres que han sido tratadas con fines de explotación social. Muchos profesionales de las ONGs en España realizan un trabajo sostenido con estas mujeres, especialmente en los sectores más bajos de la estructura prostitucional. A pesar de que no todas las ONGs actúan igual, entidades como ASKABIDE, y muchas otras en el País Vasco, parten de un principio básico: escuchar y empoderar a las mujeres como un medio de conciencia e identidad personal que les permita tomar sus propias decisiones. No deciden por las mujeres, no las influyen para que digan, hagan o sigan la ideología de la entidad, ni se erigen en portavoces de las mismas, sino que otorgan el protagonismo a las prostitutas. Hoy por hoy son las instituciones de la sociedad civil las que están dando respuesta a las necesidades de estas mujeres.

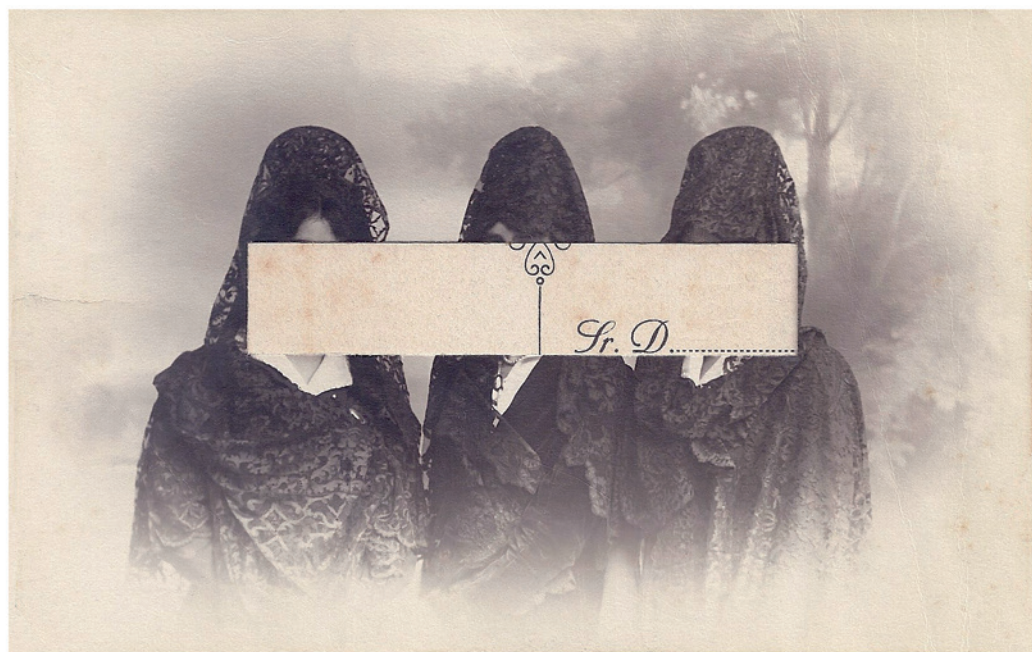
*Carmen Meneses Falcón
Dra. Antropología social y cultural
Profª Universidad Pontificia Comillas*

El nombre prostitución encierra muchas cosas y este nombre no sé quién se lo inventó.

En mi caso el mundo de la noche, de la prostitución, ha sido muy duro. El saber que al llegar la noche, el esperar que lleguen los clientes, el saber qué tipo de hombre te va a tocar, cómo se va a comportar, muchas veces me han hecho sentir mal: el porqué trabajo en esto, el decirme palabras de insulto.

Tuve una experiencia con un cliente con el que no quería seguir en la habitación, no me pegó pero me insultó.

El riesgo en el que estás todos los días porque somos muy mal vistas ante la sociedad. **El nombre prostitución encierra muchas cosas y este nombre no sé quién se lo inventó.**





**¿A quién iba a
creer la gente: a una prostituta o a un hombre?**

Una vez me fui con dos hombres. Les dije que primero iba a estar con uno y luego con otro.

Cuando estaba con el segundo, veo que el primero está rebuscando en mi bolso para robarme.

Voy y le digo: “¿Qué haces?”. Quería robarme. Pero yo antes de entrar con ellos había dejado el dinero con la dueña del lugar (como hago siempre para evitar que me roben). Así que no pudieron hacerlo.

Cuando termino, recojo las cosas y me marchó del lugar.

Se puso violento. Y estaba esperándome en el coche. Me intentó atropellar con el coche.

La calle estaba llena de gente. Yo corrí y crucé la carretera para ponerme en el sentido contrario al que circulaba el coche. Llegué a una parada de taxis y me escondí entre los coches parados.

Cuando pensé que le había despistado, me fui a coger un autobús o taxi para poder volver a casa. En eso, que oí un chirrido de coche y vi como el coche se venía sobre mí, se subió en la acera.

Yo pensé en darle el bolso. La calle estaba llena. **¿A quién iba a creer la gente: a una prostituta o a un hombre?**

En eso que, el hombre sale del coche y me apunta con un arma.

Tenía mucho miedo. Mi corazón iba pom, pom, pom..., pero no lo dejé ver.

Le dije: “Si vas a tirar, tira. ¿Tú solo eres un hombre cuando llevas un arma?”.

Él se quedó quieto, se dio la vuelta y se metió en el coche. Se marchó.

Más tarde me enteré de que este hombre era policía.

La prostitución para mí es un mundo muy duro y peligroso que nunca en tu vida sabes lo que va a pasar. He tenido muchas experiencias buenas y malas. He tenido buenos clientes y también momentos oscuros de estar doce horas con un hombre en una habitación cerrada intentando darle placer, teniendo que drogarme para poder entrar en su juego. ¿Por qué? Para mí esta vida es como un juego, que entras escuchando mil maravillas pero acabas vendida en un laberinto que consume la vida de uno. Soy una de ellas, y tengo plena certeza de que nos deja grandes marcas. Dejándonos dañadas, dejándonos desprotegidas...

Hasta hoy tengo una marca que me quedó.

Entré con un hombre en un club, estaba bien vestido, buena apariencia, guapo. Mucho elegante.

En esto que estaba una amiga, ella no quiso ir con él, sintió algo raro con él. Yo le veo, y me acerco a mi amiga para preguntarle: “¿Por qué no has ido con él?”. Ella me dijo que sintió algo que no le gustó.

Yo le miro, veo que no pasa nada, estaba muy bien vestido, cincuenta y cinco años por ahí. Llegado allí, estaba bebiendo whisky, he tomado con él. Él me dice que me da doscientos reales para salir del club con él. Yo le digo que no me hace falta que me dé los doscientos, que estoy bien aquí, él me dice que me da cien. Veo una chica, y le digo que vayamos los tres: cien para la otra chica y cien para mí. Fuimos a un hotel.

Después de dos horas, tomando, yo me quería ir a casa. Fui al baño. Cuando volví, él se volvió malo. Se volvía malo cuando tomaba, dijo que de allí no iba a salir nadie.

“Yo me voy porque tengo médico para ir”, dije. Él decía que había sido robado. La chica que había ido con nosotros estaba llorando, yo le dije que se calmara.

Le dije al cliente: “Llama a la policía y va a ver que nadie te ha robado, yo tengo cien, la amiga tiene cien”. En eso, fui para el teléfono para llamar a seguridad para ver que nadie robó.

Él se enfadó conmigo, vio que no tenía miedo y que no le iba a devolver mi pasta, ni la chica le iba a devolver la pasta.

Él se enfadó. Cogió el cordón del teléfono y me amarró por el cuello, y yo puse las manos para tirar y caí en la cama. La chica no me quiso ayudar y corrió. Yo me quedé sola, y este hombre con rabia me pegó con el puño en la cara y yo movía la cara para que no me diese a la vez

que sujetaba y me quitaba el cordón del teléfono del cuello. Le di una patada en la barriga porque estaba encima de mí.

Había un espejo en un armario detrás, el cayó sobre el espejo y los cristales cayeron encima de la cama. Él cogió un trozo del espejo... Este hombre parece que estaba poseído, fue peor. Ese hombre vino encima de mí y comenzó a pegar.

Yo pensé hablar con él: “Tranquilo, tú no eres así, tú eres un hombre bueno, un hombre con buena apariencia, con buena conversación...”.

Sabes, a veces, ganan la confianza, te fías de la apariencia y luego...

Pensé: “Este hombre me va a matar ahora”, tuve miedo. Conseguí darle otra patada y salí corriendo de la habitación a la escalera.

Cuando llegué a la recepción del hotel, mi amiga estaba allí llorando, no podía hablar. Había un hombre en la recepción. Me dijo que el cliente era un banquero, que era buen cliente, que gastaba mucho en el hotel. Yo hablaba que quería denunciar. Ellos no querían escándalo para el cliente. Me pidieron que por favor no denunciase.

No denuncié, pensé: “Me he salvado”, mi cara no estaba muy marcada, solo tenía cortes en las plantas de los pies de los cristales del espejo roto.

Hasta hoy tengo una marca que me quedó.



Lo que me pasó en un piso:

Estaba trabajando, tocaron el timbre y la encargada se levantó para abrir. Eran tres chicos chilenos armados con pistolas. Yo tuve que subir por un muro y bajar a un patio que era de dos ancianos, es decir, de una pareja, y tenían un perro grande. El perro estaba atado y empezó a ladrar y ellos estaban dentro con la puerta abierta. Yo me metí en la casa y dormí dentro de la bañera del baño y la mujer entró para mear y no me vio. Gracias a Dios. Yo no sé lo que podría haber pasado conmigo. Después mis compañeras empezaron a buscarme. Salí bien viva y sana por la gracia de Dios.

Yo me negué y por eso dijo que
yo le estaba robando.

Un día estaba con un cliente que estaba drogado y borracho. Salió diciendo que yo le había robado pero era mentira porque él me había pagado muchas horas y ya había cumplido con mi trabajo, pero quería más. **Yo me negué y por eso dijo que yo le estaba robando.**

Una noche entré con un hombre a la habitación y dejé la ropa en la mesilla. Hice el trabajo con él y todo bien, pero cuando terminamos él quería que siguiera más tiempo con él y se puso agresivo. Yo intenté que se calmara y me dijo: “¿A dónde vas?”, y me tiró a la cama. Me enfadé y le dije que ya se tenía que ir, que ya habíamos terminado. Y empezó a tratarme mal y a quererme coger. Entonces cogí mi ropa y él me seguía diciendo que tenía que volver a estar con él. Se puso más agresivo e intenté de nuevo tranquilizarle, pero me tiró otra vez a la cama y ya no pude aguantar más y llamé a la mami que da los preservativos y le grité: “¡Mami, por favor, ayúdame!”.

Él estaba histérico queriendo cerrarme la puerta. Entonces cogí una lámpara y se la tiré y logré salir de la habitación. El cliente fue donde el dueño del local diciendo que yo le había tratado mal porque me defendí.

Logré salir de ese momento tan malo que pasé, me sentí sola sin nadie que me defendiera.

Pero logré salir de todo.

Todo pasó una noche que llegó un cliente al piso y estábamos pasando un rato, por decir, agradable.

A este chico le gustaba consumir licor y drogas. Cuando le dije que había llegado el momento de salir de la habitación, se puso como loco, todo histérico, y no quería irse.

Yo intenté tranquilizarle y calmarle pero el chico empezó a insultarme y quería agredirme. Como pude salí de la habitación y pedí ayuda a mis compañeras.

Por fortuna había un chico entrando con una de ellas, el cual muy amable nos ayudó y logramos sacarle del piso y no se le volvió a permitir la entrada.

Era un cliente habitual.





A partir de esto siempre tengo temor al entrar con un cliente.

Una vez viví una situación muy difícil con un cliente en la habitación porque ya el tiempo había terminado y él quería continuar. No me dejaba salir de la habitación y yo comencé a gritar. Él quiso tapar mi boca para que no gritara y yo le mordí la mano y pude salir. Entonces entró en ese momento el dueño del local y lo sacaron de la habitación.

A partir de esto siempre tengo temor al entrar con un cliente.

Yo estaba trabajando en la calle. Era de noche. Yo iba bien vestida, guapa. La minina más guapa vestida, era yo esa noche.

Entonces vino un hombre en un taxi y me dijo: “¿Cuánto?”, y yo dije: “Tanto”. Y fuimos para el hotel.

En el camino, yo vi que el taxista tenía una pistola en el coche. Entonces, intentando no mirar el arma, levanté la cabeza y le dije al cliente: “¿Dónde vamos?, ¿dónde está el hotel?”.

En eso, llegamos al hotel. El cliente quedó con el taxista en que volviese a buscarle a una hora.

Llegó al hotel y el chico folló, folló, folló, folló y folló. Cuando faltaban diez minutos para que volviese el taxista, él habló conmigo: “Tú vas a hacer esto, esto y esto”. Quería llevarme con él y con el taxista a robar un local (donde había máquinas de jugar, bingo, etc.). Se había fijado en mí en la calle porque iba bien vestida y me querían utilizar como cebo para entrar en el lugar.

Yo le dije que no, que no había robado nunca, que yo trabajo en la noche para comer, pero que no iba a robar, que mi madre me había enseñado a no robar nunca.

Cuando se despistó, me encerré en el baño de la habitación. No podía gritar, porque iba a ser peor, se podía enfadar y poner violento. Había una ventana pequeña en el baño y me escapé por ella al aparcamiento del hotel.

Corrí, corrí, corrí. Pensé en no contar nada de lo que me había pasado. ¿A quién iban a creer? Es mejor callar que hablar.

Solo pensaba en salir de allí antes de diez minutos, que es cuando iba a llegar el taxista (el cómplice que tenía el arma).

Cuando estaba corriendo, el hombre de seguridad del hotel me para y me dice que no me voy a marchar de allí hasta que pague la habitación del hotel (claro, me vio salir corriendo).

Entonces comencé a llorar, llorar, llorar. No podía hablar. Y le conté todo.

Él se portó muy bien conmigo. Me pidió un taxi y me dejó marchar. Le dije al taxista que no dijese a nadie donde vivía yo.

Ellos se portaron muy bien conmigo.

No volví a trabajar ese día. Estaba con mucho miedo.

Yo trabajaba en un club, y conocí a un cliente que decía estar enamorado de mí y pagó tres días seguidos para estar conmigo en su casa, por Plaza Moyua.

Yo para sacarle dinero le decía que le quería. Pasó que al tercer día salimos de fiesta por Urquijo y nos emborrachamos mucho.

Después nos marchamos a su casa y todo fue bien pero cuando ya era muy tarde y le dije que me iba a marchar, él se puso violento y me cogió por el pelo y por el cuello. Quería que le devolviera todo el dinero que me había dado durante estos tres días y yo le dije que ese dinero ya no estaba conmigo y que no había manera de devolvérselo.

Él intentó tirarme del séptimo piso y yo gritaba mucho hasta que la policía llegó y me soltó, pero no podía salir porque el ascensor se abría con llave. Gracias a Dios creo que él se asustó porque la policía tocaba el timbre todo el rato. Abrió la puerta y yo salí. No me quedó otro remedio que ir con la policía al hospital y poner una denuncia.

Él se quedó con mi número de teléfono y me llamaba muchas veces y me amenazaba, y yo tenía mucho miedo. Al final quité la denuncia porque él no paraba de buscarme a la salida del club, y tuve que marcharme de Bilbao.

Su nombre es Iñaki.

He estado con un cliente en un hotel toda una noche. He hecho una salida de un club y el cliente estaba esperando en un hotel de Deusto. Al llegar allí me di cuenta de que no era un cliente normal: tenía muchos golpes en su cuerpo, moretones y heridas, y no hablaba bien las cosas. Era muy violento.

Tenía algunas botellas de whisky y bebía de la botella, comía unos bollitos con carne cruda, e insistía que comiera, casi obligando. Me tocaba con violencia, con mucha fuerza, hablaba mal de mujeres que no conocía y quería follar sin goma.

Con mucha delicadeza le dije que no lo iba a hacer sin goma y le dije que no. Al pasar la hora, le dije que tenía que marcharme y se puso nervioso y violento. Me dijo que de allí no salía, y se levantó cogiendo una botella vacía. Rápidamente, me levanté ya vestida y con los zapatos en la mano, cogí la puerta y al abrir me cogió del pelo.

Logré escaparme y bajé la escalera desde un quinto piso gritando y saltando escalones a la vez. El chico de la recepción me conocía y abrió la puerta para que saliera y me escondió en su coche.

No he vuelto a hacer traslados desde entonces.

Estaba recién llegada a este país y trabajaba en un club. Un cliente me pidió ir con él fuera del club y yo acepté hacer el traslado con él.

Me llevó en coche al campo, alejado de todo, y follamos dentro del coche. Yo tenía miedo por estar tan lejos de mi lugar de trabajo, de la gente.

Cuando terminamos, me dijo que saliera y me fuera sin mirar atrás, que no se me ocurriera mirar atrás por nada del mundo. No me pagó el servicio.

No he vuelto a hacer traslados desde entonces.



Él domina. Y pasó. Chupé para que me dejara marchar.

Esto aconteció cuando yo trabajaba en la calle.

Me cogió un hombre y me dijo: “Vamos para el hotel. ¿Cuánto?”. Y yo le dije: “Tanto”.

Me meto en el coche. Cuando estábamos en la estrada, para el coche y me dice: “Me la vas a chupar”, y yo le contesto que no. Me empezó a pegar y trabó la puerta para que no pudiese salir del coche. En el coche no tengo cómo moverme.

Él domina. Y pasó. Chupé para que me dejara marchar.

Muchas gracias por esta oportunidad de contar lo que me pasó una vez con un cliente que quiso violarme. Me cogió del cuello fuertemente, y me puso en la pared, y me arrancó la camisa, y por la gracia de Dios que no pasó nada de lo que él quiso hacer conmigo.

Y así pasó la historia. Pero no pude denunciarlo. Solo se lo conté a una amiga que estuvo conmigo.

Hola.

La vida en el mundo de la noche no es fácil.

He vivido muchas cosas y la mayoría de las cosas son malas experiencias.

Algunos clientes son malas personas porque, una vez van dentro de la habitación, me hablaban mal, y algunos me decían cosas horribles, y por necesidad yo aguantaba ya que necesitaba un dinero para ayudar a la familia en mi casa.

La noche me ha hecho tener cambios de humor y dormir pocas horas, y se ven muchas drogas y alcohol.

Con quince años me marché de mi casa para trabajar como empleada de hogar y luego me prostituí.

Con once años sufrí un abuso por parte de mi primo en Brasil.

Hasta
la fecha el caso no se ha resuelto.

Hace cuatro años fui violada por un policía en un night club de un país de Centroamérica, donde solo hablan inglés.

Él me apuntó con la pistola, se quitó el preservativo y me penetró con fuerza.

Yo denuncié el caso, y un amigo que tenía allí, y trabajaba en Migración, me ayudó con todo el proceso.

Pero como yo estaba ilegal, me metieron en la cárcel por un mes. Gracias a los abogados que me buscó mi amigo, pude salir rápido y me deportaron a Colombia.

El proceso siguió, el policía salió bajo fianza mientras llegaba el juicio. En dos ocasiones me contactaron a través de mi amigo para que fuera al juicio y se hicieron cargo de todos los gastos. **Hasta la fecha el caso no se ha resuelto.**

Cuando tenía dieciséis años, yo vivía en una ciudad de Brasil con mi familia. Allí tenía un vecino que trabajaba delante de mi casa, en la estación de bomberos. Él era bombero.

Me veía pasar y me llamaba para hablar, y yo iba y le acabé cogiendo confianza. A mí me gustaba un poco. Él sabía que yo era menor.

Un día fuimos detrás de la estación de bomberos, y allí me cogió y me puso la mano en la boca y yo no podía respirar. Luego él me metió pastillas en la vagina y me violó.

Se lo conté a mi hermana y ella calló. No se lo conté a nadie más. En el baño vi que sangraba.

Me fui de casa por miedo a que mi madre se enterara. Ella tenía una forma de pensar muy antigua. Tuvo diecinueve hijos.

Mi familia denunció mi desaparición. Al final supe que me estaba buscando la policía y me entregué en comisaría y les conté lo que me había hecho ese hombre.

Antes de entregarme, quedé con él para reprocharle por lo que me había hecho y le dije que lo iba a contar todo a la policía. Él me amenazó apuntándome con una pistola y me dijo que me entregara a la policía pero que no contara nada.

Me dio igual y cuando fui a la policía decidí contarle todo. La policía le detuvo pero no sé qué pasó después.

Mi madre se enteró de todo.

Más tarde conocí a otro chico y me quedé embarazada. Él no se quería hacer cargo, no quería aceptar que era el padre.

Estando de siete meses me tomé unas pastillas, me quería morir. Estuve en coma.

Luego me recuperé y este chico, cuando nació la niña, lo aceptó y nos casamos.

Tiempo después, este hombre vino a buscarme a casa al enterarse de que me había casado. Yo me encerré en casa y llamé por teléfono a mi marido. Cuando llegó para ayudarme, ya se había escapado.

Soy de Paraguay y hoy quiero contarles un poco de mi historia. Lastimosamente, con mis treinta y tres años tengo una larga historia, y mala, porque desde que tengo uso de razón sufro de violencia machista.

Cuando yo era tan solo una niña, mi padrastro golpeaba a mi madre delante de mí y de mis hermanitos y nunca me atreví a decírselo a nadie. Mi infancia fue traumática para mí porque mientras mi madre iba a trabajar, mi padrastro me manoseaba, me metía los dedos por todas partes y luego nos hacía jugar a mi hermano pequeño y a mí a un juego en el que teníamos que hacer posiciones de sexo. Yo, en ese entonces, no me daba cuenta de que eso estaba mal, y por miedo nunca hablé de ello con nadie; me daba miedo que golpeará a mi madre si hablaba.

Apenas al llegar a mis quince años de edad, conocí al hombre que llegó a ser mi marido. A los quince me casé con el primero que me pintó el cielo de colores, ilusionada y ansiosa pensando que mi vida por fin iba a ser normal. Pero mi vida cambió a otro rumbo desconocido. Después de haber sufrido violencia y abuso físico y psicológico por parte de mi padrastro, empezó el abuso por parte de mi marido. Un abuso que aguanté durante seis años. Maltrato físico, psicológico y económico son todos los abusos que él llegó a hacer conmigo. Después de conseguir dejarme preñada, durante mi embarazo, dos veces por poco pierdo a mi hija por las palizas que él me daba.

Pero luego de aguantar tanto, surgió una nueva esperanza para mí. Una madrina que yo tenía me habló bonito de España y me dijo que yo no tenía por qué aguantar los maltratos de nadie; que por qué no venía a España a trabajar, que aquí se ganaba un buen dinero para ayudar a la familia y a mí misma, y que todo era más fácil.

Yo no tenía el valor de dejar a mi hija y a mi madre, que son lo que más amo, pero ocurrió que un día mi marido me dio un golpe de

muerte en frente de toda mi familia y amigos en una plaza pública. Fue en ese momento cuando una amiga me comentó que existía una asociación de mujeres a la cual acudí y donde me ayudaron a dar el gran paso a través de una psicóloga que me recomendó seguir con mi vida sin mi marido.

Después de varios meses, tomé la decisión de venir a Europa, a España, y la verdad que mis primeros cuatro años aquí tuve la suerte de conseguir trabajo y además sin tener la residencia. Durante cuatro años tuve la dicha de tener un trabajo estable, pero luego volvió a darse un giro de malas experiencias. Pasé por una mala racha, me quedé sin trabajo y durante seis meses anduve buscando desesperada. Acudí a todas partes buscando trabajo y llegué a un punto en el que tuve que pedir alojamiento y comida a Cruz Roja y Cáritas.

En uno de esos días en los que andaba buscando trabajo, me encontré con una paisana mía y quedamos para hablar. Le conté mis problemas y para mi asombro y sorpresa me dijo que ella trabajaba en un club de alterne, en la prostitución. Y ahí fue donde comenzó todo, un nuevo calvario para mí. Desesperada y por las circunstancias me metí en la prostitución, donde sufrí y sigo sufriendo todo tipo de maltrato y abusos por parte de los clientes.

Les voy a contar algunos:

Un cliente me pagó un servicio mínimo de veinte minutos y yo al ver que ya pasaban treinta y cinco minutos le dije: “Cariño, ya pasó tu tiempo”. El me dijo: “¡Cállate puta!” y empezó a pedirme su dinero. Yo le dije que ya no le iba a devolver el dinero porque ya le había hecho el servicio. Fue entonces cuando se enfureció y me cogió del cuello hasta casi asfixiarme. Con gestos le dije que le iba a devolver su dinero. Me soltó, y con miedo y temblando le devolví el dinero. Entonces me dijo para hacer un servicio anal. Me había ofrecido más dinero de lo habitual y yo le dije que saldría a

consultar si alguna de las chicas hacía ese servicio porque yo no lo hacía. Pero de repente me cogió a la fuerza y como consecuencia tengo fisura anal. Me hizo todo lo que le apeteció y luego salió como si nada. Me sentí como un trapo sucio.

Otra mala experiencia fue un día que se presentó un hombre estando yo en el club. Se me acerca y me toma una foto sin permiso. Yo le dije que no me gustaba que me tomaran fotos y que, por favor, la borrara. Y me respondió que si tenía agallas cogiera su móvil y la borrara yo. De un arranque de nervios le cogí el móvil queriendo borrar mis fotos y entonces me rodearon seis gitanos que me golpearon hasta casi matarme. Nadie de los que estaban allí hizo nada para defenderme hasta que la dueña del club decidió soltar a su perro, que prácticamente fue el que me salvó. Un perro fue mi héroe.

Otro día fui a un piso a trabajar veinticuatro horas y me tocó trabajar con un cliente de madrugada. Las habitaciones de trabajo las tenían en el fondo, donde era casi imposible que te escucharan si te pasaba algo. Ahí un cliente me hizo a la fuerza sexo. Me sentí peor que una basura.

Esto es un poquito de mi historia. Podría llenar el cuaderno entero con todo lo que he vivido y sigo viviendo. Muchas veces me ha entrado la locura de quitarme la vida. Es más, lo he intentado varias veces. En uno de mis intentos por poco lo consigo al hacerme varios cortes en el brazo. Ahora, después de que uno de mis hermanos se ha quitado la vida y al ver el sufrimiento de mi madre al enterrar a su hijo, que se quitó la vida con veinte años de edad, no quiero darle yo también ese golpe a mi madre. Así que, cada vez que me rindo y me entran ganas de terminar con mi vida, cierro los ojos y veo el rostro de mi madre y a mi única hija y me digo que voy a aguantar y a seguir luchando para que algún día cambie mi vida a mejor y cumplir mi sueño: lograr traer a mi hija para que ella termine sus estudios y sea una mujer de bien.



Hace muchos años que conocí a un hombre que para mí era el hombre perfecto. Pero hoy veo que lo que veía entonces no era tan perfecto.

Al principio de los años éramos amigos y luego tuvimos una relación que duró hasta 2019.

Creo que el daño ha sido más psicológico porque una se conoce a sí misma y lo que ha pasado, pero bueno, la vida sigue. Nunca he denunciado porque no me veo capaz de poner contra la pared a una persona que también me ha ayudado (porque es la verdad).

Cuando nos fuimos a vivir juntos, le trataba como a un hijo, amigo y compañero hasta que nos hicimos pareja de hecho. Ahí empezó mi verdadera mala jugada, porque este señor que decía que me quería y me apreciaba tanto, me traicionó. Lo malo para mí no fue la traición sino el engaño y haber mezclado a lo más precioso de mi vida: mi hijo.

La convivencia era normal hasta que un día empecé a notar que algo raro estaba pasando.

Empezaron los insultos, la presión sobre mí, y de repente, me di cuenta de que me estaba haciendo mucho daño.

Son muchos relatos. Esta es mi historia, bueno un poquito de la verdad...

Una vez con mi pareja, estaba dándole el pecho a mi hijo y llegó él; y como preguntaba algunas cosas y yo no le contestaba, empezó a golpearme delante del niño, y con él en brazos para protegerle, me dio a mí en la nariz y me rompió el tabique. Luego empezó a darme patadas por todas partes. No sé cómo conseguí salir de allí, corriendo con el niño en los brazos y gritando, pidiendo auxilio. Ahí fue cuando un vecino llamó a la policía y me llevaron al hospital y él se fugó.

Con mi pareja en una ocasión que no quería tener sexo con él y me calificó de lesbiana.

Finalmente, una vez que la lluvia ocultaba el ruido que hacían mis gritos, abusó de mí.

Esta situación no pude contarla a nadie porque el lugar que habitábamos era muy cercano a él y poco poblado, lo cual me impidió contarle. Además, nunca harían nada a mi favor y terminaría siendo la víctima él y no yo.

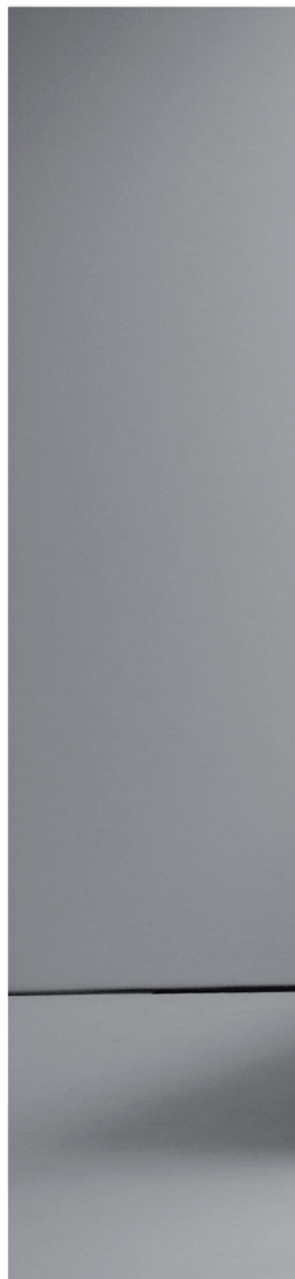
Otra limitación era que mi madre era la única que vivía en mi casa y por miedo a que algo le sucediera me callé.

Las palabras de amenaza no se pueden contar.

La agresión que recibí también hace unos años por parte de mi ex. Por poner fin a nuestra relación se puso violento conmigo. Hasta me amenazaba con pegarme y muchas cosas más privadas que no quiero ni decir aquí. Chantaje. Pero al final esa etapa pasó y hoy estoy sola y feliz sin pareja, sin más agresiones, amenazas ni chantajes.

He vivido insultos de un amigo que estaba enamorado de mí. Entonces empezó la pesadilla: me llamaba a cada segundo. Luego me mandaba mensajes y me amenazaba con pegarme por la calle si me encontraba.

Al principio de la relación de pareja todo iba genial. Pero después se convirtió en un infierno; aguantas la situación hasta que llega un momento en que no puedes más. Estuvo un tiempo en su país y, cuando volvió a España, decidí divorciarme. Ahí es cuando me sentí diferente, cambié, y él vio que yo iba en serio y llegamos a un acuerdo de separación.





de ser trabajadora sexual.

por el hecho

Sucedió en Francia. Estuve con un cliente, estuvimos juntos y después me puso un cuchillo en el cuello y me reclamó el dinero pagado por el servicio prestado.

Otro cliente en España me estaba robando y yo asustada no sabía qué hacer, y mis compañeras fueron las que me auxiliaron, porque yo soy muy cobarde.

En la calle los hombres me tratan mal y me insultan **por el hecho de ser trabajadora sexual.**

Conocí a un hombre en el sitio donde trabajo. Me dijo: “De no ser puta me casaría contigo”.
Yo me puse a llorar.

Y me sentí fea, vieja,
humillada e insultada y peor que una mierda.

Empezaré por intentar trasladar en algunas líneas una de tantas cosas malas que me han pasado en el transcurso de todo un tiempo que llevo ejerciendo mi oficio en la calle Cortes del barrio de San Francisco de Bilbao, Vizcaya.

Soy una chica de origen brasileño que me he visto obligada, en cierta

forma, a dedicarme a la prostitución por falta de una oportunidad en la vida en el tiempo que llevo en este país. Intentando siempre buscarme la vida para sacar a mi familia adelante, muchas veces me veo en situaciones que no son nada de buen gusto pero para conseguir dinero me veo obligada, muchas veces, a agachar la cabeza, olvidándome de la dignidad de una misma.

Podría contarte sobre muchos que me han humillado por unas migajas, tanto clientes que se creen más que una, como por dueños de locales que solo te ven como una moneda de cambio.

Cierta vez, sucedió en el local donde trabajaba, que me sentí como una basura, como un cero a la izquierda, a punto de salirme de allí entre sollozos, apretándome el pecho y muchas lágrimas en los ojos por una humillación sufrida por parte del dueño del local.

Confieso que soy una chica simpática y carismática que siempre intento dar lo mejor de mí para hacer que los clientes se sientan bien y así poder sacar unos centavos de más.

Pero resulta que los dueños de los locales siempre tienen sus preferidas. Y un día, llegó un cliente super elegante, de buena apariencia, y todas las chicas del local se acercaron, pero él venía con indicación de un amigo mío a buscarme y yo no lo sabía.

Este cliente no quería estar con ninguna otra y le dijo al dueño que venía por mí. Pero el dueño no me dijo nada porque, en su opinión, yo era muy poca cosa. Mientras el dueño buscaba alguna chica joven y guapa, el cliente se acercó a algunas, entre ellas estaba yo, y sin saber quien era yo, le gusté.

Pero cuando apareció el dueño, me apartaron del cliente casi a la fuerza porque querían a otra. **Y me sentí fea, vieja, humillada e insultada y peor que una mierda.**

Por fortuna, el cliente no quiso a otra y salió a buscarme a la calle. Se gastó conmigo..., en fin lo que es para uno, es para uno.

Continuará...



He recibido humillaciones por parte de jefes y también de compañeras por envidias.

“Put a negra vete a tu país”.

Pues la agresión o primera agresión que recuerdo haber recibido aquí es: **“Putra negra vete a tu país”**. Eso en muchos barrios que he vivido, los vecinos.

En la calle también, eso día a día o todos los días.

Otra agresión fue con un cliente que se puso violento conmigo por rechazar el consumo de cocaína durante el servicio en la habitación y también por decirle que nunca hago sexo anal. En esas dos ocasiones fue violento conmigo y quiso agredirme, pero gracias a Dios no fue así.

Donde ahora trabajo recibo amenazas de racismo. En el local, o mejor dicho en el club donde estoy, la dueña de ahí hace cosas de racismo, a pesar de que ella también es extranjera como yo. Pero como ella es blanca, me ha tratado siempre con racismo. Mi prima y yo tuvimos discusiones con otra compañera, pero como esta compañera era blanca de raza, rusa, la dueña nos echó del club a mi prima y a mí y se quedó con la rusa. Y yo pienso que lo hizo por tema de raza.

Estaba saliendo del metro y me crucé con una señora mayor que dijo: “Ay qué asco que todo el sitio está lleno de extranjeros, y encima negras”.

Me monté en un autobús y me senté al lado de una mujer. Ella se levantó, limpió su brazo y dijo: “Mierda de negra, me ha tocado. ¿Por qué me tocó?”. Me lo hizo por ser negra. Yo le dije: “Racista. En mi país hay extranjeras”.

Un señor vino al trabajo y dijo: “Madre mía, aquí no hay más que negras. Ni una mujer blanca”. Y que a él le gustaban las blancas.

Entró un cliente conmigo a la habitación. Me prometió que se iba a portar bien y luego se portó fatal durante el servicio. Yo tenía mucho miedo y un presentimiento de que este hombre me lo iba a hacer pasar muy mal.
Al final vino el dueño del local y lo echó.





Fácil entrar, difícil salir. ¿Por qué?

Es cruel ver que esto jamás tendrá fin. Muy pocas quieren meterse en líos con los más fuertes. Al final, el más fuerte es quien siempre acaba ganando, por eso tenemos que ser muy buenas estrategas. Muchas de nosotras salimos porque tenemos la esperanza de encontrar el apoyo de buenas asociaciones.

No se trata de decir que hay que acabar con la prostitución porque yo creo que nunca acabará, eso lo sabemos todas, pero sí creo que muchas mujeres que ejercemos la prostitución creemos en el derecho al trabajo. Yo creo que sí somos capaces de alcanzar esto, de luchar porque nuestros derechos sean reconocidos en el sector laboral y, a la vez, creo que es difícil que todas las partes estén de acuerdo porque muchas mujeres no quieren tener un papel oficial en esto. Muchas de nosotras tenemos hijos, familiares y no queremos que se vean afectados en sus vidas.

Las mujeres que viven esta vida, muchas son mujeres vulnerables que buscan una salida para sacar adelante a sus familiares y estamos expuestas a muchas cosas. Las palabras agresivas de la sociedad, las agresiones físicas y verbales. No digo que no haya personas buenas, pero la mayoría de las veces no.

Es un mundo lleno de fantasías y con el tiempo te das cuenta de que entraste en un laberinto donde hay muchos conflictos y donde lo que vale realmente es la pasta. No tienes amigos y tienes que andar siempre con mucho cuidado en tu vida tanto con los hombres como con las mujeres, etc.

Yo creo que para acabar con toda la violencia y el engaño tenemos que plantarnos todas, pero...

Hablo por todas las que no quieren hablar de la rabia que llevan dentro muchas mujeres traumatizadas por este oficio tan rechazado por la sociedad. A pesar de haber existido desde hace muchos años, nunca deja de ser un lugar sin reconocimiento y sin derechos humanos.

Trabajos de mujeres como yo que solo intentamos tener un medio de vida y de supervivencia.

Yo soy la prueba viva de muchas cosas que he visto y he vivido.

Muchas hablan de esto, pero las que están saben lo que verdaderamente ocurre.

Muchas no saben que en los locales de trabajo obligan a una mujer, elegida por ellos, a acostarse con un hombre.

Si yo hubiera sabido el trauma y el daño que este oficio hace en nuestra vida, nunca hubiera entrado, no hubiera vendido mi cuerpo porque al final acaba convirtiéndose en un verdadero vicio.

Fácil entrar, difícil salir. ¿Por qué? Porque somos extranjeras, poca formación, el sector del trabajo siempre va a optar por el mejor.

Muchas de nosotras sentimos vergüenza de nosotras mismas. Me planteo y me pregunto dónde he llegado, por qué he entrado en un mundo infernal, por qué destruí mi estado emocional, por qué esto me afecta; piensas que no te afecta pero sí.

(Apéndice)

**ESTRATEGIAS DE AUTODEFENSA
FEMINISTA DE LAS MUJERES EN EL
EJERCICIO DE LA PROSTITUCIÓN**

En el desarrollo de las sesiones con las mujeres, tras compartir e identificar las distintas agresiones que sufren en el contexto de la prostitución, se planteó a cada uno de los grupos revisar qué medidas de autodefensa tenemos ya incorporadas en nuestra cotidianeidad, y cuáles hemos ido interiorizando como una forma de supervivencia.

Paralelamente se trataba de reconocer las experiencias y saberes individuales de las mujeres en cuanto a su propia defensa y por otro, reconocer al grupo, a las compañeras, como fuente de conocimiento colectivo, de apoyo y protección en casos de agresiones, resaltando el cuidado existente entre las mujeres, conviviendo también con elementos de competitividad y de distancia entre ellas.

De esta experiencia de contrastes y aprendizajes, surge esta compilación práctica de herramientas, recursos e intuiciones propias, destinada a ser difundida y utilizada, si se desea, al margen del libro o a mantenerla unida a él. Porque de la puesta en común podría nacer la conciencia de grupo.

- 1.** Pactar el pago del servicio por adelantado.
- 2.** Establecer los propios límites en las prácticas sexuales.
- 3.** Usar preservativo.
- 4.** Intentar no consumir drogas en el ejercicio de la actividad.
- 5. Confiar en la intuición ante una situación de riesgo, y si se decide prestar el servicio, tomar algunas medidas como:**
 - Avisar a la persona encargada y a las compañeras.
 - Dejar la puerta sin cierre.
 - Estar cerca de puertas, ventanas, mobiliario y objetos para la defensa.
 - Guardar las pertenencias del cliente en una taquilla bajo llave por si tiene armas.
 - Llevar perfume o spray y/o cosas que pesen en el bolso.
 - Emplear técnicas de negociación: seguirle la corriente, tranquilizarle, pedirle directamente que se vaya, etc.
 - Llamar por teléfono o simularlo.
 - Hacer ruido, gritar, golpear los muebles, tirar objetos, etc.
 - Pedir ayuda a las personas de la calle, del piso o club.
 - Conocer técnicas de autodefensa para evitar y/o confrontar agresiones.
- 6. Antes de hacer una salida con un cliente, valorar y establecer unas condiciones como:**
 - Tomar fotos de la matrícula del coche y del cliente.
 - Llevar el móvil cargado y con saldo.
 - Pactar la hora de salida.
 - Concretar el destino, mandar la ubicación al club y/o compañeras.
 - Prestar el servicio en un hotel en vez de en la casa del cliente.

- 7.** No entregar la documentación a nadie.
- 8.** Descansar por periodos en la actividad para cuidar la salud a nivel psicológico y físico. Ejercer por tiempo prolongado, puede deteriorar la salud y crear riesgos para las mujeres.
- 9.** Separar las relaciones sexuales dentro de la actividad de otras relaciones, como forma de autocuidados de la vida personal respecto a la laboral.
- 10.** Fomentar la figura de la acogedora para las mujeres que se inician: punto de apoyo, información y protección.
- 11.** Crear normas colectivas sobre derechos, prevención de riesgos y actuación ante agresiones.
- 12.** Organizar grupos de whatsapp de difusión de información, clientes violentos, etc.
- 13.** Conocer los derechos y recursos locales y estatales para las mujeres.

Este libro se terminó de imprimir en Bilbao
el 15 de julio de 2020.



Desde Askabide, observamos que las mujeres cuando cuentan sus vivencias en el ejercicio de la prostitución no siempre describen situaciones de violencia por parte de los clientes.

Pero lo cierto es que, cuando las han sufrido, su situación de desprotección, el peso del estigma y la respuesta social e institucional que las damos hace que no denuncien y queden totalmente silenciadas.

A su vez, desde nuestra experiencia y acompañamiento, vemos que las mujeres que dentro del contexto de prostitución sufren algún tipo de violencia, actúan en muchas ocasiones ante las mismas con sus propios recursos y estrategias, estando muy alejadas de esa categoría de víctima y de vulnerabilidad permanente, sin dejar de remarcar la necesidad de ofrecer atención y apoyo en la medida que ellas lo deseen.

“Las mujeres que han participado han ido ellas mismas colocando cuáles son los factores y ejes que atraviesan el fenómeno de la prostitución, cuáles son sus vivencias, dificultades y experiencias vitales, no sólo en cuanto a las agresiones por distintas violencias sino en cuanto a su salud física y emocional, y también en cuanto a sus fortalezas y potencialidades”.